

arde la luz eléctrica, y todo rie, todo halaga. No se podrá salir; no se podrá ir á escuchar la música de Lohengrin ó de Fausto, pero están al alcance de la mano los libros, el piano abierto, y en el dormitorio, el edredón tibio, de plumón ligero, promete las regaladas dulzuras del sueño en paz. Y, con una especie de resignación satisfecha, la que se adopta en el campo para conformarse á pasar encerrado un día de lluvia, el rico se dice: «Unos horas de recogimiento, de epicureísmo, de amarrar la barca al muelle del puerto, y dejarla que se columpie sosegadamente...»

Entre tanto, el pobre no se conforma con ver la la nieve en el Retiro, ni con mirarla caer tras de los diminutos cristales de su buhardilla... Para el pobre —aunque parezca paradoja— hay una nevada propia, una nevada pobre también. La nieve de los pobres no es la que baja poéticamente en cardados copos, y se deposita con tal gracia en cornisamentos de edificios ó en ramas de coníferas, sino la que, negruzca y pisoteada, envuelta en fango y en residuos de la calle, se adhiere á las botas ó forma pellones de dudoso olor bajo las manos escultoras de la golfería. Esa es la nieve humilde, la nieve callejera, la nieve de los menesterosos, que sólo representa paro del trabajo, frío sin carbón, cocina sin puchero, y todo el séquito de privaciones y de apuros que la terrible entrada del invierno acarrea á los pobres. La nieve no les trae la sonrisa de lo inesperado y divertido, sino el ceño adusto de la necesidad más apremiante.

Y sin embargo, el pueblo ha tenido, como siempre, su provisión de filosofía, su gasto de buen humor, su espartana aceptación del contratiempo. Se ha reído de las caídas, se ha apedreado con bolas de nieve, ha formado enormes pellas, se ha consagrado á rodarlas (deporte de Sisifo), y ha asistido, como á espectáculo curioso, á los esfuerzos de barreneros y mangueros para despejar un poco las calles. Estas, en realidad, de día no se vieron tan solitarias; transitó por ellas, cuando la nieve apretaba más y más, bastante gente, bultos informes, multitud guarecida bajo enormes paraguas, calzada con botazas gruesas, con siluetas de capuchinos los hombres bajo sus recios impermeables, con siluetas de brujas las mujeres entre el rejujo de sus mantones y toquillas. Este gentío cruzaba el arroyo por veredas abiertas en la densa alfombra de nieve, ó pisaba las losas de la acera con precaución, á brincos, por evitar los resbalones probables. Los perros, evidentemente indignados y arrecidos, seguían á sus amos de mala gana. Los borriquillos de los traperos alaban y bajaban con miedo sus pobres patas rígidas, temblorosas. Y los caballos de los coches de punto —mientras circularon— avanzaban tan precavidamente como un danzarín novato que arriesga los primeros pasos de un minué.

De las esculturas de nieve se ha hablado mucho, y son la nota curiosa de estos días en que la meteorología se destaca entre las preocupaciones de la villa y corte.

Estas efímeras esculturas parecen revelar que la política interesa preferentemente á este pueblo, y que la caricatura de ministros y diputados, alternando con la de Don Tancredo, es el tema favorito, lo que danza en las imaginaciones: se satisface así, con nieve, la intención satírica, el desahogo político, y, como los conflictos y las luchas políticas, las estatuas de nieve viven un día no más...

La nevada ha paralizado los ferrocarriles, ha cortado las comunicaciones, ha extendido sus lienzos blancos por toda la Península. Y mientras suenan las largas horas de la noche, y retiene la voz del reloj —que los tranvías no apagan porque no circulan, —pienso en los trenes detenidos en alguna silenciosa y luenga estepa castellana entre la obscuridad, antes de que la luz del amanecer se haga livida reflejándose en la nieve sepulcral, antes que el frío más cortante de la madrugada estremezca á los viajeros, antes de que la claridad descubra la fatiga de los rostros, la hinchazón de los párpados, la ansiedad de las fisonomías...

Un tren parado entre la nieve, es de las situaciones más melancólicas que se pueden concebir. No se sabe cuándo cesará la detención, ni cuándo se podrá tomar alimento, es la sensación completa de abandono y naufragio. Pero si en los países septentrionales los trenes se parasen cada vez que caen grandes nevadas, ¿qué sería de esos países? En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, los trenes marchan aunque tapice el suelo una vara de nieve. ¿Cómo hacen? ¿Qué arte se dan? Y me entra una curiosidad vivísima de trasladarme á esas tierras, donde la nie-

ve y el hielo duran medio año ó nueve meses y no se nota; donde el hombre lucha con el clima, con los elementos, y sale victorioso.

Aquí, trenes, telégrafo, teléfono, son las primeras víctimas de cuanto sucede de tejas arriba. El teléfono, sobre todo, viene á ser una cosa ilusoria, un eventual medio de comunicación, inseguro y cortado á cada instante.

Vive de milagro el teléfono, el cruce de sus hilos con los cables del tranvía ha llegado á constituir uno de los más serios peligros de la vida madrileña. Derrocados por el temporal, hilos y cables forman en el suelo una red de muerte, entrecruzada é inextricable. ¿Por qué no van los hilos de tranvías y teléfonos bajo tierra, como en otras ciudades? ¿Por qué se ha armado en el aire ese dédalo, esa maraña? Tal vez por precipitación; tal vez por ignorancia; tal vez por economía. A la larga, sin embargo, debe de salirles más caro á las empresas lo aéreo de la red. Porque aun cuando, con el teléfono inutilizable, los bondadosos abonados seguimos pagando como unos santos los días que le place á la Compañía que tarde en componerse, la verdad es que las recomposturas no dejan de ser muchas, y cada temporal de nieve representa dispendios de miles de pesetas.

Buen chasco el de los que se hayan abonado á las audiciones, bastante caras, de ópera á domicilio. Es un género de placer por el cual yo de mí sé decir que no daría un *perro gordo*. Porque la voz, no cabe duda, la alteran y enturbian todos estos aparatos de acústica á distancia, y más cuando —como sucede en la ópera— la voz no es emitida en la misma boca del aparato. No me causan la impresión de las voces hermosas, poderosas, afinadas (impresión tal vez la más fuerte entre las estéticas) los fonógrafos, los gramófonos, los teléfonos. Pero cuando las audiciones de ópera tienen abonados, será que no todo el mundo siente como yo, y que muchos señores comodones, desde su butaca, al lado de la estufa, se refocilan en suponer que traen á su casa el Real.

Quizás estos abonados filarmónicos obedezcan al que pudiéramos llamar espíritu familiar de Madrid en invierno, á la fuerza que gravita sobre las costumbres, las actividades, las determinaciones, las relaciones sociales... Este numen ó geniecillo es... el miedo al catarro, con su séquito temeroso de pulmonía y pleuresía.

Políticos y cantantes, damas y verduleras, el profesor que va á dar su clase al colegio y la modistilla que va á entregar obra..., á todos les veréis, en esta estación, hacer el mismo precavido movimiento de taparse la boca, cuando salen de un sitio caliente á la cortante atmósfera de la calle, y á todos les notaréis en la cara el mismo gesto de preocupación, la misma idea grave y obscura: «¿Si estaré respirando la muerte?» El catarro, el sencillo y tonto «enfriamiento» es ya una de las plagas de la vida madrileña. Sus víctimas son mártires, y, para mayor dolor, mártires ridículos. Sólo risa producen los síntomas de tal indisposición, los ojos lagrimosos, la nariz tumefacta, la garganta obstruida, la voz ronca, los huesos penetrados de frío sutil, la cabeza aturdida, el cuerpo estremecido... Y el paciente, por estética, más aún que por precaución, tiene que bloquearse en su casa, no presentarse ante los amigos, cuyo papel, naturalmente, es burlarse de estos padecimientos cómicos.

Hay clases sociales más acometidas de catarro; el catarro, para los hombres políticos de fuste, expuestos á recomendaciones, interviews y otras incumbencias, apareja una excusa tan cómoda y abonada como la jaqueca para las señoras. Un buen catarrito saca de mil compromisos. ¿Que les invitan á una reunión adonde no les reporta ninguna ventaja asistir? Catarro. ¿Que les piden una entrevista difícil? Romadizo. ¿Que no les conviene recibir á cierta gente ó asistir á determinada sesión? Coriza. Pero que llegue una de esas ocasiones en que no renuncian á asistir á determinada ceremonia, porque se interesa la vanidad, el orgullo, la conveniencia; que se trate, por ejemplo, de ir á jurar á Palacio el cargo de ministro..., y veréis cómo, sin pastillas ni jarabes, el romadizo, la coriza, la perrera, la gripe, la tos, todos los alifafes desaparecen ó al menos se alivian por ensalmo.

Yo creo que los catarros son uno de los resortes de la vida cortesana en invierno. Como el estado del tiempo, forman la base de la conversación. Pero creo también que revelan nuestra decadencia elocuentemente. Donde se reacciona contra los procesos catarrales, y no se vive embozado en la capa, al amor del brasero, y se hace funcionar activamente la piel por medio de la hidroterapia, el catarro no es plaga nacional.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pa mí que nieva..., debieron decirse los madrileños cuando, al despertar, sintieron, aun entre sábanas, la peculiarísima impresión de encogimiento aterido que la nevada produce; ese entumecimiento sordo que yo llamaría «la muerte blanca.»

En Madrid, á pesar de lo duro de su clima continental, nieva poco. Más frecuentes son los temporales de granizo. Transcurren largos años sin que visitan sudario las calles y la gente resbala en las aceras. No debemos extrañar que no se tenga aquí todo preparado, como si estuviésemos en Moscovia ó en Cristianía.

La prensa y el vecindario se han indignado porque no había barreneros, ni mangueros, ni braceros suficientes para limpiar con diligencia las vías públicas cubiertas por la nieve alta y compacta. Cada cual lamentó la interrupción de sus quehaceres ó de sus recreos diarios. Madrid se transformó, bajo la vara mágica del hada blanca, en uno de esos soñolientos y amodorrados pueblos de provincia, en los cuales cada uno se refugia en su casa y Dios en la de todos. Mudo, arropado en la sábana glacial que tendió sobre él la naturaleza, la ciudad adquirió aspecto triste, fué como persona bulliciosa que enferma y calla. Los tranvías, por donde circula el Madrid laborioso, se quedaron en sus cocherones; los simones y carruajes de lujo no engancharon; los obreros no salieron á su labor... Y la colmena madrileña se recogió al colmenar, y abejas y zánganos tiritaron igualmente, con las alas plegadas y mustias...

La nieve, creedme á mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística—cuando no despierta reminiscencias de portalitos de Belén y niños con aureola, temblando sobre unas pajas,—la nieve es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener ó no tener dinero.

Para el rico, sencillamente para el acomodado, la nevada, aunque deshaga planes y entorpezca asuntos, reviste, en estos países donde tan poco abunda, carácter ameno y original. Es un extra, un cambio de decoración, un «efecto» de paisaje, que sorprende la vista y da ocasión de deportes, porque se acude al Retiro á contemplar blancos los estanques, blancos los macizos, polarmente blancos los árboles, y á reir con los resbalones de algún inadvertido, que corre peligro de sentarse de lleno en la blancura...

«¡Qué bonito!» Es la primer exclamación de los que se asoman á una ventana resguardada por cortinas confortables en una sala donde arde una estufa constante y alegre, y ven tejados y chimeneas, balcones, aceras, arroyo, envueltos en espléndido candor. Del cielo descienden pausados, gentiles, immaculados como vellón de cordero recental, los copos, que acolchan el aire y producen una sensación de suavidad y seguridad, un goce mayor añadido á los goces ya tan refinados de la existencia decorosa, con todas las necesidades previstas y cubiertas... Dentro, hace calorito blando; la mesa está prevenida; los criados, dispuestos á servir la sana sopa; el asado, jugoso; el helado, hecho—para mayor gusto—con la nieve recogida en los balcones, nieve limpia, clara, apretada y deliciosa... Sobre el mantel, flores frescas, vivaces plantas, hablan de primavera en medio del nevarrón... El día se ha oscurecido, pero dentro del comedor